

# “Crisis mundial y nueva izquierda latinoamericana: balance y proyección del caso argentino (2003-2013)”

Avance de investigación en curso

GT 20: Sociedad civil: protestas y movimientos sociales

Walter L. Koppmann

## Resumen

El mundo asiste a una crisis capitalista mundial cuyo carácter excepcional ha sido puesto de relieve desde distintos puntos de vista al transformarse en una suerte de pandemia universal. En este contexto, es evidente que dicha crisis ha impactado en el continente latinoamericano, desestabilizando las condiciones sobre las que se han sustentado los diferentes regímenes que gobiernan hoy América Latina, afectando en consecuencia las condiciones de vida y trabajo de los sectores populares. A más de una década de la llegada al poder de la llamada “nueva izquierda latinoamericana”, se propone un análisis sobre la configuración de los regímenes políticos de Nuestra América, refiriéndonos particularmente a los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, en Argentina, entre 2003 y 2013.

**Palabras clave:** CRISIS CAPITALISTA MUNDIAL NUEVA IZQUIERDA LATINOAMERICANA – REGÍMENES POLÍTICOS

## Introducción: una bancarrota capitalista mundial

El estudio de la crisis económica global, cuyo inicio data de hace ya cinco años, evidencia una situación problemática, en la medida en que la mayor parte de la aún escasa bibliografía es producto de intervenciones de carácter periodístico o coyuntural y, por ende, son todavía prácticamente inexistentes los resultados producidos desde el ámbito académico.

La escasez de la producción teórica obedece, en primer lugar, a una manifiesta crisis de las corrientes neoclásicas predominantes para interpretar un desequilibrio capitalista generalizado que no figuraba en su repertorio de posibilidades (Estefanía, 2008). Las dificultades evidentes de las tesis neoclásicas y de buena parte de la heterodoxia fueron admitidas por uno de los más destacados referentes de dicha corriente (Buitier, 2009), quien reconoció la incapacidad de los economistas del *mainstream* para hacer encajar en sus esquemas el estallido de una crisis de proporciones excepcionales.

En este cuadro, no sorprende que hayan ganado terreno las interpretaciones provenientes del campo del marxismo, que pasó de ocupar un reducido margen de la ya limitada heterodoxia a ganar un lugar predominante ante la profundización de la crisis (Fine, 2008). No obstante, dentro de la bibliografía marxista que se ha dedicado a estudiar la crisis capitalista es posible encontrar importantes diferencias y matices de interpretación. Como ha señalado Choonara (2009), la divisoria más importante separa a quienes ponen el énfasis en las llamadas tendencias a la “financierización” de la economía como causa del estallido de la crisis (Blackburn, 2007; Gowan, 2009; Lapavitsas, 2008) frente a aquellos que subrayan la importancia de tomar una perspectiva más amplia, que tenga en cuenta las dificultades de la “economía real” como base que promovió la especulación financiera y llevó al colapso bancario y bursátil (McNally, 2008; Brenner, 2008; Kliman, 2008; Shaikh, 2008).

El carácter excepcional de la actual crisis que recorre la economía capitalista planetaria ha sido puesto de relieve desde las más diversas perspectivas. Es un hecho que ha sido señalado una y otra vez como la mayor crisis en la historia del capitalismo y por eso se alude normalmente a su magnitud, a la velocidad de su propagación y a su extensión sin precedentes (Rieznik, 2010).

Sobre la magnitud de la bancarrota en curso, un estudio reciente de dos profesores norteamericanos puso de relieve que, en los primeros ocho meses de la crisis, las caídas en términos de la producción industrial mundial, de los valores de los activos bursátiles y de los niveles del comercio internacional son mayores en la actualidad que las correspondientes al mismo período luego de que detonara el crack del año 1929 en Wall Street. En un lapso relativamente breve, por otro lado, la tesis del “desacople”, que postulaba que el derrumbe no se extendería a la periferia “emergente” del capitalismo global, ha sido simplemente abandonada en la misma medida en que la crisis se transformó en una suerte de pandemia universal. Es un hecho también que, comparado con las dos grandes crisis del siglo XX (la ya señalada en el umbral de los años '30 y la que se manifestó en los '70), el colapso presente se extiende por primera vez por toda la geografía terráquea. En los casos anteriores no tuvo esa extensión porque, desde 1917, la vieja URSS había quedado al margen de la circulación universal de bienes y capitales, un fenómeno que era más notorio todavía en la crisis más reciente de tres décadas atrás, cuando la expropiación del capital se había extendido a China e incluso echado sus raíces en nuestras latitudes, en pleno Caribe y a 90 millas de la mayor potencia capitalista del mundo. Ahora, en cambio, los territorios ruso y chino son el escenario de una enorme colonización por parte del capital y en tal condición se integran al convulsivo proceso económico, social y político presente.

Se trata, además, de una crisis “en dos actos”. El primero estalló con una crisis generalizada en el sudeste asiático, golpeando entonces a los países que se suponía habían emprendido un ritmo irreversible de ascenso y modernización capitalista. Eran los llamados “tigres asiáticos”, que se derrumbaron uno tras otro a partir de la bancarrota de Tailandia, en 1997. En 1998, la ola de quiebras se extendió a la restaurada economía rusa, que declaró el cese del pago de su deuda externa y arrastró en su caída a una gran inversora estadounidense muy conocida (LTCM, Long Term Capital Management), lo que amenazó con provocar un crack en Wall Street. La crisis se extendió al año siguiente a América Latina, con una significativa devaluación del real, la moneda de Brasil, y una recesión que tuvo un alcance descomunal en la Argentina, derivando en el levantamiento popular de diciembre de 2001, conocido como el “Argentinazo”.

Estamos ante la emergencia –típica de toda crisis, pero que en esta adquiere características inéditas– de los límites insuperables del capital (esto es, la tendencia del capitalismo a disolverse sobre la base su propio desarrollo; base teórica, y luego base práctica, de las situaciones revolucionarias). En este sentido, la actual crisis de sobreproducción es abismal. Nos hundimos, no porque falta capital sino porque sobra para repartirse los resultados de la explotación del trabajo globalizado. Sobreproducción de capitales y también sobreproducción de mercancías invendibles. El exceso de capacidad productiva es gigantesco: en la industria automotriz, en las telecomunicaciones, en la producción de acero, en la industria textil, etc. Sin embargo, la mitad de la humanidad padece hambre. Una expresión monstruosa de esta realidad lacerante es que con mucho menos que una milésima parte de lo que ha sido gastado en los recientes paquetes de salvataje al capital se resolvería el problema de la comida para esa mitad hambrienta de nuestro planeta.

### **El carácter histórico de la crisis: un aspecto crucial**

Para comprender el alcance histórico de la crisis presente, algo que es normalmente ignorado o incomprendido (lo que supone desconocer la naturaleza decisiva de la situación actual), hay un dato clave. Nos referimos al hecho de que la crisis a la que asistimos en tiempo real se produce en una circunstancia que se identifica con la etapa en la cual el capital pretendía haber establecido su definitiva

supremacía histórica. Ese era el significado de la “caída del muro de Berlín”, de la restauración que se extendió como mancha de petróleo hacia el Este del viejo continente y con la irrestricta penetración capitalista en Asia, que convirtió a China en una gigantesca plataforma de exportación de envergadura homérica. En esta peculiaridad histórica del desarrollo capitalista mundial radica el punto decisivo de la cuestión porque con esta conquista formidable el capital suponía haber coronado un enorme y extenso operativo que lo habilitaría a resolver sus catástrofes recurrentes a lo largo de la última centuria y abrirse un porvenir ilimitado de progreso.

Por otra parte, el avance capitalista sobre la URSS y China en los años '90 del siglo pasado era sólo el remate de un proceso mucho más vasto emprendido por el capitalismo en todos los frentes sin excepción y durante una larga década y media. Un proceso que implicó la agresión en toda la línea contra las conquistas del movimiento obrero en los países metropolitanos y que tomó forma definida con la política de los emblemáticos gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher y la llamada política “neoliberal” de desregulación de los mercados, privatizaciones y precarización del trabajo. Es una evidencia reiterada en numerosos trabajos e investigaciones que los salarios se han deteriorado sistemáticamente desde la década de 1970, en una secuencia amplia, en todos los grandes países capitalistas, con el propósito indisimulado de servir a la reconstitución de la rentabilidad capitalista y de extender el área de negocios del capital. Persiguiendo el mismo objetivo, se abarataron todos los costos laborales, se redujeron los programas sociales más diversos y se procedió a un desmantelamiento general de las condiciones de vida de la población laboriosa.

Asimismo, esta tentativa estratégica del capital incluyó también una ofensiva general contra los llamados países atrasados, que en los años ochenta quedaron arrasados por una política de depredación y vaciamiento económico y financiero. Son los años conocidos como la “década perdida” en América Latina, con sus estallidos hiperinflacionarios, la desorganización económica generalizada, el deterioro enorme de los ingresos de las clases trabajadoras y el hundimiento de los medios de existencia de las masas.

En resumen, la crisis de nuestra época debe ser considerada en este contexto concreto: derrumba lo que pretendía ser la fortaleza inexpugnable del capital en su conquista “global” más reciente. Una arquitectura cimentada en esa suerte de trípede que acabamos de describir, con un alcance planetario: en el entonces llamado “primer mundo”, desmoronando los diques de defensa que habían construido sus trabajadores en un largo recorrido previo; en el “segundo mundo”, quebrando hasta el final a las viejas economías estatizadas y, finalmente, en el “tercer mundo”, desplegando una política de tierra arrasada que no se privó de los regímenes de los Videla y los Pinochet.

El derrumbe actual, por lo tanto, no sólo cancela la pretensión del capital de haber alcanzado su definitiva supremacía con la restauración en la antigua URSS y con la colonización de la China “comunista”. Tal como acabamos de ver, semejante “triumfo” representaba, al mismo tiempo, la culminación de una empresa de largo aliento en el planeta entero cuyo propósito era salir de un impasse que se tornó particularmente agudo en los terremotos económicos, políticos y sociales de finales de los años '60 y comienzos de la década siguiente; era la gran crisis de la segunda posguerra, que ponía fin al pretendido período dorado del siglo pasado, conocido como los “treinta años gloriosos”, a partir de 1945, momento en que se firmó el pacto de Yalta, el cual repartió el mundo posbélico entre la burocracia estalinista y el imperialismo norteamericano.

Asistimos en este momento a la estatización generalizada de medios de producción como elemento cardinal de salvataje del capital. Los mayores gigantes corporativos privados, bancarios e industriales, se mantienen en pie por la inyección de dinero público en cantidades desorbitadas a la vez que dicha estatización de la economía plantea una alternativa muy sencilla que, incluso, ha tomado la forma de consigna popular en el “primer mundo”: que los medios de producción estatizados sean para salvar a los trabajadores y no a los bancos y a los capitalistas.

## La crisis mundial sacude Latinoamérica

A la par de un sismo económico que persiste y es tímidamente estudiado, se comprueba una cierta caducidad o ineficacia conceptual a la hora de teorizar y caracterizar en una perspectiva comparada los regímenes políticos de la llamada “nueva izquierda latinoamericana” (Sader, 2001; Borón et. al., 2004), la cual vino a proponerse, a comienzos de este siglo, como una alternativa al colapso económico y social neoliberal (Barret et. al., 2005; Vilas, 2004; Lanzaro, 2008). A más de una década de esta transición política dentro de los estados de América Latina, son prácticamente inexistentes los balances y el trazado de las perspectivas futuras de estos proyectos políticos salvo por algunos trabajos aislados (Ellner, 2010; Modonesi, 2008).

Por otra parte, y a raíz de lo que se ha dado en llamar la etapa de “crisis del sistema de partidos” (Abal Medina, 2006; Montero et. al., 2007; Roberts, 2002), la nueva configuración de espacios de tensión, apoyo y ruptura entre la sociedad civil y el Estado dio lugar a una variable interrelación entre movimientos sociales, partidos políticos y gobiernos para cada uno de los países (Barret et. al., 2005). Actualmente, este conflictivo triángulo de emergencia social plantea nuevos interrogantes en relación a la autonomía/heteronomía de los reclamos y las necesidades de cada uno de estos actores de la sociedad civil frente al Estado y, en particular, de las posibilidades que tengan los trabajadores al direccionar dicho proceso en un sentido favorable a sus intereses a partir de una intervención política independiente.

En este contexto, es evidente que la crisis capitalista ha impactado de sobremanera en el continente latinoamericano, modificando las condiciones sobre las que se han estado sustentando los diferentes regímenes que gobiernan hoy América Latina, y afectando, en consecuencia, a las condiciones de vida y trabajo de los sectores populares. De esta manera, el desenvolvimiento *in crescendo* de las contradicciones y repercusiones de la crisis mundial plantea, en términos generales, el problema de la estabilidad y las posibles trayectorias futuras de un conjunto de gobiernos ubicados en la izquierda del espectro político, cuyo ascenso al poder, a su vez, se había producido luego de masivas movilizaciones populares. Un primer elemento común en este punto es que se trata de gobiernos que aparecieron como consecuencia de un quiebre en las relaciones económicas, políticas y sociales, luego de la primera etapa de la crisis capitalista mundial, hacia fines del siglo pasado; fractura, por otro lado, que hizo entrar en crisis a los sistemas y partidos políticos tradicionales, nacidos a la luz de antiguos clivajes políticos. Este fenómeno político se constituye, entonces, como una peculiaridad esencial dentro del proceso de reproducción de la dominación de clase *ergo* el derrumbe de la partidocracia burguesa formaliza una crisis de hegemonía social (o mal llamada “crisis de representación”); es una grieta dentro del poder establecido por una clase sobre otra para garantizar dicha dominación. Dicho de otro modo, lo que muchos analistas denominan genérica aunque erróneamente como una “crisis de la democracia” (Ansaldi, 2007) expresa la traducción -en términos políticos- de la disolución de las relaciones sociales de producción en un sentido más elemental, o sea, de que los explotadores no pueden garantizar la fuente de su propia dominación (su *poder social*) y, por lo tanto, que la totalidad está atravesando una crisis orgánica, una crisis del metabolismo social general de reproducción de la vida social toda.

De esta forma, la metástasis de la crisis capitalista global arroja graves interrogantes con respecto al margen de maniobra –tanto político como económico- de los gobiernos de la denominada “nueva izquierda latinoamericana” en relación a la posibilidad de superación del legado neoliberal. Efectivamente, su consolidación como alternativa de poder había supuesto la estructuración de una serie de temas, actores y dilemas novedosos en la región cuyo desenlace hoy pareciera asemejarse más a un final de ciclo inconcluso que a una transformación social real.

En síntesis, el derrumbe de los partidos políticos tradicionales en cada país (desintegración del sistema político) y su trasfondo económico surcado por la crisis mundial (cuyo signo manifiesto es la

bancarrota soberana) enmarcó la llegada al poder de las “izquierdas” latinoamericanas. En el mismo sentido, sus construcciones partidarias se fraguaron como producto de procesos políticos de movilización masiva, cuya envergadura y profundidad habían puesto en cuestión al régimen político en su conjunto: el sistema de partidos, la forma de representación y hasta la representación en sí misma.

A más de una década de la llegada al poder de los gobiernos de la llamada “nueva izquierda latinoamericana”, se propone un balance sobre la configuración de los regímenes políticos latinoamericanos, mediante una perspectiva comparada como telón de fondo, refiriéndonos particularmente al período que abarca los gobiernos de Néstor Kirchner y luego Cristina Fernández, en Argentina, entre los años 2003 y 2013. Para ello, partiremos del análisis histórico de la etapa precedente, es decir, de las causas fundamentales que subyacen los años de la “Argentina piquetera” (circa 1995-2001), entendida esta como la postal más elocuente de una sociedad convulsionada y conmovida en sus fundamentos y de un movimiento popular rebelado contra el orden hegemónico y las formas económicas y políticas de sus clases dominantes.

### **Argentinazo: la naturaleza política del levantamiento popular**

En la Argentina, la explosión de la primera etapa de la crisis mundial pavimentó el camino hacia la rebelión popular del 19 y 20 de diciembre de 2001, la cual puso fin al gobierno radical de De La Rúa y expresó el agotamiento de las relaciones sociales capitalistas en el país. Sobre el trasfondo de una crisis económica superlativa, cuyas manifestaciones más tristemente célebres fueron la declaración de cesación de pagos o bancarrota soberana (*default*) y cifras históricas de desempleo y pobreza (circa 20 % y 33%, respectivamente<sup>1</sup>), la irrupción en las calles del movimiento popular marcó un nivel cualitativamente superior de la fractura del sistema de partidos argentino. Bajo la consigna del “*qué se vayan todos*” se expresaba la desilusión, el desengaño y el repudio general hacia las formas que asumía la dominación social capitalista como producto de la disolución de este mismo orden y de esta legalidad (lo cual no quiere decir que se hubiera derrumbado totalmente dicha dominación sino que, más bien, su puesta en cuestión era una expresión de dicho derrumbe).

No fueron pocos los que sostuvieron en su momento que las jornadas del 19 y 20 habían sido una manifestación “espontánea”, propia de la clase media porteña que, frente a la confiscación explícita de sus ahorros por los bancos, habría salido a las calles persiguiendo su propio interés de modo aislado al resto de las clases y sin preparación política alguna. Lejos de este cuadro, el levantamiento popular del 19 y 20 de diciembre fue el más preparado de todos los que lo antecedieron: fue la consecuencia de más de una década de huelgas y movilizaciones por los derechos humanos y contra el gatillo fácil pero, por sobre todo, fue el resultado de la acción del movimiento piquetero y de los cortes de ruta más grandes de la historia argentina y de la mayor parte de los países del mundo; fue una pueblada a escala de la nación toda. Sólo al final de un largo período de preparación sistemática y metódica, una parte de la clase media de la ciudad de Buenos Aires, que no había intervenido en luchas anteriores, se convirtió en *piquetera*.

Ahora bien, en realidad, mucho antes, aunque con características contradictorias, lo había hecho la clase media de buena parte del resto del país: la que co-protagonizó la pueblada conocida como el “Santiagoñazo” (Dargoltz, 2012), en 1993; los comerciantes que se sublevaron en el “Cutralcazo” (Oviedo, 2004), en 1996; los porteños durante el apagón del ’98; los medianos productores frutícolas de Río Negro y los “tractorazos” de la Pampa húmeda; la movilización educativa en Córdoba, en 1998; finalmente, la participación en masa de la clase media pauperizada y *desclasada*, en particular de la

---

<sup>1</sup> Ver “Distribución del ingreso, pobreza y crecimiento”, Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales, Ministerio de Trabajo, pág. 139. Disponible en: [http://www.trabajo.gov.ar/downloads/biblioteca\\_estadisticas/toe2\\_06distribucion-del-ingreso.pdf](http://www.trabajo.gov.ar/downloads/biblioteca_estadisticas/toe2_06distribucion-del-ingreso.pdf)

ciudad de Buenos Aires, en los paros generales de 2000 y 2001 y, en especial, en noviembre del '00, cuando se produjo el gran corte de ruta piquetero de La Matanza.

El 19 de diciembre del 2001, el cálculo político del gobierno de la Alianza pivoteaba sobre ganarse a la clase media contra los “villeros” que estaban saqueando los supermercados del conurbano y decretó el Estado de sitio. El tiro le salió por la culata: la clase media se había educado políticamente y se había vuelto *piquetera*, aunando sus reclamos con el conjunto del movimiento obrero y de desocupados que sacudía al país desde hacía varios años.

Consideramos que indagar sobre cuáles fueron las causas fundamentales de la rebelión popular del 2001 así como cuáles las fuerzas sociales que actuaron como vectores del movimiento es un debate más que pertinente y actual. Desde el punto de vista histórico, en la medida en que sigue primando en los análisis (tanto académicos como políticos) (Isuani, 2002) la idea de que el Argentinazo fue un “rayo en cielo sereno”, un momento reflejo, inmediato e inconsciente, producto del levantamiento de los sectores medios que habrían gozado de ciertos beneficios de la política económica menemista (consumo de bienes importados, viajes al exterior, servicios públicos “eficientes”, por nombrar sólo los más comunes) y que habrían visto perjudicadas sus expectativas con el fin de la “convertibilidad” (paridad cambiaria entre el dólar y el peso argentino).

En otras palabras, fue el sentido más amplio del movimiento dentro del propio proceso capitalista el que desplazó a la clase media al campo revolucionario. La extensión constante de la acción del capital financiero, que se apropia de los ahorros y recursos de la pequeña burguesía para usarlos como capital en el proceso de la explotación social de la clase obrera, integró a esta pequeña burguesía al movimiento de la circulación capitalista como nunca antes en la historia. La expropiación relativa o parcial de la pequeña burguesía por el capital fue presentada como un “tributo” que el capital le pagaba a partir de una explotación común de la clase obrera. Este fue el “milagro” que se adjudicó en su momento a la “convertibilidad”; luego, el sueño se convirtió en pesadilla. A la expropiación relativa, donde el banquero ganaba más con la plata del ahorrista que lo que le devolvía por sus ahorros, le siguió una expropiación absoluta. La crisis devoró hasta el último peso de la renta de la pequeña burguesía, dejándola a su vez sin trabajo e incorporada a la miseria social general. Las privatizaciones, la deuda externa y el fin de la “convertibilidad” fueron las grandes palancas económicas e históricas del levantamiento del 19 y 20 de diciembre del 2001.

Por último, el Argentinazo no sólo fue una revolución popular; la clase social que, entre todas, jugó un papel dirigente fue la clase obrera. En primer lugar, porque el movimiento piquetero estaba dirigido por delegados históricos de la clase obrera que se encontraban desocupados pero que continuaban la representación histórica del movimiento obrero combativo de la Argentina. En segundo lugar porque fueron las ocupaciones de Telecom y la lucha en Telefónica; la huelga del personal técnico de Aerolíneas; la ocupación de la ceramista Zanón; las enormes luchas y la victoria de los lucifuercistas (sindicato Luz y Fuerza) de Epec; las huelgas y cortes de vías de ferroviarios y la Fraternidad; la ocupación de Emfer; las huelgas de San Sebastián y Aceros Bragado; el levantamiento popular de los ex petroleros y obreros de la construcción de General Mosconi y Tartagal; las huelgas de las fábricas del pescado de Mar del Plata; la gigantesca lucha del Suteba (sindicato docente) contra el “pataconazo” y la de los empleados estatales y municipales de numerosas provincias (Oviedo, 2004; Altamira, 2002); estas fueron las fuerzas motrices que culminaron en la sublevación popular del 19 y 20. Esta ola de luchas obreras representó el inicio de un nuevo ascenso desde las huelgas que tumbaron a Cavallo en 1996. Es imposible desligar toda esta preparación política previa (y su aprendizaje) de la praxis de clase concreta que se expresó en las jornadas que acabaron con la salida del gobierno aliancista.

### **Un bonapartismo “tardío” para reconstruir la burguesía nacional**

La fisonomía que invistió el régimen político argentino luego del 2001 se desprende del análisis precedente. De un lado, la bancarrota pública y privada aunada a la virtual disolución de los partidos políticos tradicionales y de la institucionalidad burguesa en su conjunto. Del otro, la Argentina piquetera: la lucha y la organización de miles de trabajadores y desocupados pero también de clases medias pauperizadas arrastradas en la vorágine del derrumbe económico del menemismo y el aliancismo. Llegados a este punto, Duhalde y Kirchner operaron como los síndicos de una quiebra, organizando el salvataje de la situación heredada. Fue una operación de naturaleza esencialmente conservadora, como cabía esperar de dos protagonistas destacados del período que se clausuraba.

Así, no se pueden caracterizar los resultados presentes sin un entendimiento previo de las premisas: en 2001-2002, las finanzas públicas se habían dislocado y Argentina había entrado en cesación de pagos. El sistema bancario y el conjunto de las empresas privatizadas de servicios estaban en bancarrota; lo mismo ocurría con el régimen previsional; máxime el sistema monetario había sido reemplazado en gran medida por cuasi monedas. De conjunto, la estructura capitalista de Argentina se había desmoronado. En lugar de producir una modificación de raíz de la estructura social que se había mostrado inviable, los pilotos de esta etapa establecieron un régimen político e institucional de emergencia con el objetivo de restaurarla. Néstor Kirchner se refirió en su momento a este empeño con el slogan clasista de la “reconstrucción de la burguesía nacional”: la mentada “intervención del Estado” operó al servicio de los capitalistas más poderosos.

En 2002, el gobierno de Duhalde pretendió ser el primer intento serio de la burguesía por poner orden en el caos social, político y económico que atravesaba el país. De la mano de un ajuste brutal sobre las condiciones de vida de la población, la moneda nacional se devaluó para reestablecer la ganancia de las empresas públicas privatizadas y, del mismo modo, se licuó la deuda privada, asumiendo las pérdidas del sector el propio Estado argentino.

La victoria de Néstor Kirchner, en marzo del 2003, no hizo más que confirmar este rumbo: la crisis sólo podía superarse consolidando un régimen de emergencia económica que pudiera rescatar a las privatizadas y renegociar los términos de la deuda externa argentina. Para cumplir la primera tarea se instrumentó la política de subsidios, la cual alimentó el triángulo directriz estado-burocracia sindical-consorcio privado, garantizándoles ingentes dividendos y otorgando un “cheque en blanco” a estos actores para continuar el vaciamiento de las otrora empresas estatales (ya que las compañías gozan de “secreto empresarial” y, por lo tanto, pueden eludir implacablemente cualquier tipo de control sobre estos fondos). Asimismo, los subsidios cumplieron una función central: permitieron el abaratamiento de los medios de vida de la fuerza de trabajo operando como una forma de no aumentar los salarios en términos reales ya que, dentro de la contabilidad de la canasta básica de un trabajador, todos los servicios básicos (incluido el transporte) aparecen subsidiados. La regimentación de las paritarias vía burocracia sindical (firmando acuerdos salariales por debajo de la inflación) y la inflación misma (del orden del 25% anual) acentuaron la carestía de vida y plantean un límite alarmante a la situación actual.

Por otro lado, mencionamos que la segunda gran tarea a cumplir por el gobierno kirchnerista era una renegociación (“reestructuración”) de la deuda externa argentina con los distintos acreedores. Como se sabe (y esta situación no es exclusiva de la Argentina sino que se extiende a prácticamente la generalidad de los países latinoamericanos), la deuda externa, contraída originalmente por la última dictadura militar, fue pagada multiplicadas veces y no sólo no disminuyó sino que, a través del tiempo y en los últimos años, aumentó: actualmente, la deuda externa se encuentra en un nivel similar a la media de la década precedente, apenas se computen en ella los ‘cupones de PBI’, la del Club de París y los “fondos buitres” así como parte de la nueva deuda de provincias. La deuda externa privada es de cien mil millones de dólares y la deuda pública, en su conjunto, supera los doscientos mil millones de dólares –la mayor parte en poder de la Anses (caja de los haberes jubilatorios) y el Banco Central argentino (BCRA). Por este motivo, el patrimonio del BCRA es negativo y sus reservas netas no

superan los diez mil millones de dólares. Lo central aquí es que la deuda se acrecienta con la capitalización de los intereses impagables.

De otra parte, los indicadores sociales, en un período ascendente de los precios internacionales de las materias primas, son deplorables: 30% de pobreza; 35% de trabajo en negro; un 80% de jubilados cobrando el cuarto de la canasta familiar (actualmente en 8000 pesos); el 70% de los trabajadores cobrando un promedio salarial de 3500 pesos. En este sentido, el trabajo precarizado ha sido uno de los factores fundamentales del operativo rescate del capitalismo argentino.

### **¿Una nueva bancarrota nacional? La transición al postkirchnerismo**

El cuadro anteriormente descripto replantea las contradicciones que estallaron en el Argentinazo aunque en un nivel superior, en el marco de la profundización de la crisis mundial y del hundimiento (recesión) de las economías de los principales socios comerciales de Argentina, Brasil y China. Actualmente, la fuga de capitales atenta contra el financiamiento de la economía nacional y el llamado “desfasaje cambiario” (especulación contra el peso) aparece como la manifestación (o, mejor dicho, justificación) necesaria para exigir, desde los sectores dominantes, una devaluación de la moneda que reestablezca sus tasas de ganancia, devolviéndole a la economía la “competitividad” perdida. Es evidente que una devaluación sólo puede acrecentar la carestía y la miseria social, descargando los costos de la crisis sobre las espaldas de los trabajadores.

Ahora bien, la magnitud del descalabro económico nacional sólo es comparable con la disgregación que asume hoy día el régimen político argentino y, más notoriamente, el propio kirchnerismo. Al momento del cierre de esta ponencia, el oficialismo resultó ser el principal derrotado en las elecciones primarias obligatorias de cara a las elecciones nacionales de diputados y senadores de octubre de este año. En primer lugar, por haber perdido la provincia de Buenos Aires, principal distrito electoral del país (un tercio del padrón nacional); derrota infligida, por otra parte, a manos de Sergio Massa, ex aliado kirchnerista y hoy una de las tantas “viudas” nacionales y populares. En segundo lugar, reveses como el del también oficialista intendente de Merlo, el “Vasco” Othacehé, plantean un principio de disgregación irreversible dentro del aparato de punteros del Partido Justicialista bonaerense y, en términos generales, la profundización irreversible de la crisis histórica del peronismo.

En este marco, el notable ascenso de la izquierda “revolucionaria”, representada en el Frente de Izquierda y de los Trabajadores, aparece como la contratara necesaria de la experiencia política de las masas con el régimen político argentino: es el crecimiento exponencial de una fuerza política alternativa, que plantea una reorientación social general y que vine a echar por tierra el tutelaje histórico que ejerció el peronismo sobre la clase obrera argentina. Por ende, la transición política en curso, finalmente, es también la etapa de conformación de una fisonomía política propia de los trabajadores de la Argentina, principio de reversión de la crisis nacional y germen de la transformación social de la mano de una reorganización social sobre nuevas bases.

### **Bibliografía**

- ✚ Abal Medina, Juan M. (h) (2006), *Los senderos de la nueva izquierda partidaria*, Prometeo, Buenos Aires.
- ✚ Altamira, Jorge (2002), *El Argentinazo. El presente como historia*, Ediciones Rumbos, Buenos Aires.
- ✚ Ansaldi, Waldo (2007), “La novia es excelente, sólo un poco ciega, algo sorda, y al hablar tartamudea. Logros, falencias y límites de las democracias de los países del Mercosur, 1982-2005” en Ansaldi et. al., *La democracia en América Latina. Un barco a la deriva*, FCE, Buenos Aires.



- # Barret, Patrick, Chavez, Daniel y Rodríguez, César (2005), *La nueva izquierda latinoamericana. Sus orígenes y trayectoria futura*, Editorial Norma, Bogotá.
- # Blackburn, Robin (2007), *Age shock: how finance is failing us*, Verso, Londres.
- # Borón, Atilio et. al. (2004), *Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales*, CLACSO, Buenos Aires.
- # Brenner, Robert (2008), “Devastating crisis unfolds”, *Against the Current* núm. 132. Disponible en [www.solidarity-us.org/node/1297](http://www.solidarity-us.org/node/1297)
- # Buiter, Willem (2009), “The unfortunate uselessness of most ‘State-of-the-art’ academic monetary economics”. Disponible en: <http://blogs.ft.com/maverecon> .
- # Choonara, Joseph (2009), “Marxists accounts of the current crisis”, en *International Socialism*, núm. 123.
- # Dargoltz, Raúl (2012), *El santiagueño. Crónica de una pueblada argentina*, Ediciones Razón y revolución, Buenos Aires.
- # Ellner, Steve (2010), “La primera década del gobierno de Hugo Chávez. Logros y desaciertos”, publicado en *Cuadernos del CENDES*, año 27, núm. 74, agosto 2010.
- # Estefanía, Joaquín (2008), “El mundo después del crash. La crisis financiera ha acabado con los dogmas dominantes de los últimos 25 años”, *Diario “El País”*, Madrid, 26 de octubre.
- # Fine, Ben (2008), “Looking at the crisis through Marx: or is it the other way about?”. Disponible en <http://eprints.soas.ac.uk/5921/1/isrfin.doc> .
- # Gowan, Peter (2009), “Crisis in the heartland”, *New Left Review*, núm. 55.
- # Isuani, Aldo (2002), “Fragmentación social y otras cuestiones: ensayos sobre problemas argentinos”, *Cuadernos de Investigación de FLACSO*, Buenos Aires.
- # Kliman, Andrew (2008), “A Crisis at the Centre of the System”, *International Socialism*, núm. 120.
- # Lanzaro, Jorge (2008), “La socialdemocracia criolla”, *Nueva Sociedad*, núm. 217.
- # Lapavitsas, Costas (2008), “The Credit Crunch”, *International Socialism*, núm. 117.
- # McNally, David (2008), “From Financial Crisis to World Slump: Accumulation, Financialisation and the Global Slowdown”. Disponible en <http://sites.google.com/site/marxandthefinancialcrisis/mcnallydec2008/McNallyDec2008rev.pdf> .
- # Modonesi, Massimo (2008), “Crisis hegemónica y movimientos antagonistas en América Latina”, *A contracorriente*, vol. 5, núm. 2.
- # Montero, José, Gunther, Richard y Linz, Juan (2007) *Partidos políticos. Viejos conceptos y nuevos retos*, Editorial Trotta, Madrid.
- # Oviedo, Luis (2004), *Una historia del movimiento piquetero*, Ediciones Rumbos, Buenos Aires.
- # Rieznik, Pablo (2010), “Sobre el carácter histórico de la actual crisis mundial” en *En defensa del marxismo*, núm. 37, mayo, Buenos Aires. Disponible en: <http://po.org.ar/edm/sobre-el-caracter-historico-de-la-actual-crisis-mundial/>
- # Roberts, Kenneth (2002) “El sistema de partidos y la transformación de la representación política en la era neoliberal latinoamericana” en Cavarozzi, Marcelo y Abal Medina, Juan M. (h) *El asedio a la política: los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Homo Sapiens, Rosario.
- # Sader, Emir (2001), “La izquierda latinoamericana en el siglo XXI”, *Chiapas*, núm. 12. Disponible en: <http://membres.multimania.fr/revistachiapas/No12/ch12sader.html>
- # Shaikh, Anwar (2008), “The Deepening Economic Disaster”. Disponible en: <http://nyusociology.org/blog-s/radical-/2008/12/08/the-deepening-economic-disaster/>
- # Vilas, Carlos (2004), “¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del neopopulismo latinoamericano”, *Revista de Sociología e Política*, núm. 22, Curitiba.

